



Cuaderno n°1

Contenido:

- Halputta. Por Bowlegs
- Primitivismo sin catástrofe. Por Abe Cabrera
- Oka. Por Chahta-Ima

Portada de "bsm"
Edita Revista Regresión
Otoño 2016
Mexico

Halputta

El caimán es un cazador nocturno. Durante el día, la mayoría de las veces se le ve con sus cabeza apenas afuera del agua, descansando. Pero cuando se cae el sol, empieza a cazar. Caza indiscriminadamente, casi como una “maquina” dirán algunos tontos. Pero se equivocan, las mandíbulas fácilmente pueden romper una pierna o un brazo o más, su cola la mueve rápidamente en el agua buscando la presa, sus poderosas garras se mueven en la tierra, todo esto es la fuerza de la Naturaleza. Si se ve algo moviendo en la orilla, lo acecha, lo ataca, lo muerde, lo lleva bruscamente al agua, lo ahoga, y finalmente lo devora. Sin importar lo que sea, tal vez si se da cuenta que no se le antoja, lo deja, pero siempre ataca primero, muerde primero, y después decide consumir o no. El caimán hace lo que el caimán hace, no puede hacer nada más. Todo el razonamiento del mundo no lo puede cambiar.

Los pueblos que se formaron alrededor de las aguas de los caimanes sabían muy bien como son. Los reverenciaban, con uno de los dueños de las aguas. Los híper-civilizados, con su soberbia y su ignorancia, pretenden que la Naturaleza debe inclinarse hacia su voluntad. Pero después son descuidados, se sienten seguros, y la Naturaleza otra vez ataca.

Eso pasó en el “Reino Mágico”, en lo que ahora se conoce como el estado de Florida en los Estados Unidos. Una familia de Nebraska, un estado en el interior sin litoral, pensaba dejar a su bebe de 2 años que jugara en la orilla de un lago cerca de su hotel, alrededor de las 21 horas. Por supuesto, los caimanes estaban cazando, y al bebe le tocó ser la presa. El papá vio al caimán garrar a su hijo, luchó con él, pero no podía hacer nada. El caimán se llevó a su hijo y no lo comió. Lo dejó en el agua, ahogado y muerto, una tragedia para la familia joven del interior que estaba de vacaciones en Disneylandia con su hijo. Los civilizados, por pura venganza vestida de “seguridad” mataron al caimán, después otro y otro buscando al culpable, al criminal, el animal delincuente que se atrevió a seguir su naturaleza feroz, caiga quien caiga. Aún no están seguros si atraparon el malhechor.

Cada salvaje en esas tierras, sabía que no debía estar cerca de la orilla en esa hora de la noche. Respetaba la hora del caimán, del puma, del oso, de la serpiente, y los demás animales que eran manifestación de la fuerza y el esplendor de la Naturaleza, la Vida y la Muerte. Todo lo Salvaje. Pero la familia “inocente” no, la familia “inocente” pensaba que su hijo estaba en una “bañera”, jugando en su casa con sus muñequitos. Era un tiempo de gozo y relajamiento que se convirtió en la venganza para la esclavitud de la Naturaleza. Así pagó el precio más alto el padre:

“En medio de la noche mató Yahvé a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel...”

El eco-extremista es una manifestación de la Naturaleza, no tan perfecto como el caimán, claro. Es un ser rechazado, un producto defectuoso y mal hecho de la sociedad tecno-industrial. Por eso no respeta sus leyes, su horario, su orden. Ataca como el caimán y después se esconde en las oscuridades de las urbes apestosas como un caimán se esconde en el agua pantanosa, acechando. Y sobre todo, es indiscriminado. Cuando le toca a la presa, le toca, no hay remedio. No es que no tenga “libre albedrío”, que es francamente un chiste. La civilización no nos da elección, es un asunto que se acepta completamente o te clasifican como un delincuente, un criminal, un perverso. Bueno, el eco-extremismo rechaza la elección falsa del sistema tecno-industrial. La única elección que se le ofrecerá es el ataque, el fuego, la muerte, aun de los “inocentes”. Que los hiper-civilizados, aun los más progresistas, aun los más “anti-autoritarios” tiemblen, que se mueran de asco pensando en los actos indiscriminados de los eco-extremistas. Como los caimanes, no se les puede cambiar. Es una cuestión de cazar o ser presa, a veces le toca serlo a uno, a veces el otro.

Animo, siempre ha sido así.

Buena suerte.

-Bowlegs

kvco-hvse (junio), año del crucificado 2016

Primitivismo sin catástrofe

Toda buena idea necesita un punto de venta. El punto de venta de la ideología que abarca todo lo que puede ir con cualquier nombre llámese “anarco-primitivismo” del “pensar anti-civilización”, es que la moderna civilización tecno-industrial es la destrucción de la raza humana, y si queremos detener esta destrucción, tenemos que destruir la civilización. Es una cuestión de auto-preservación. Debemos renunciar a la tecnología, la ciencia, la medicina moderna, etc., con el fin de salvarnos a nosotros mismos. ¿Cómo sabemos esto? Pues bien, la tecnología, la ciencia, la medicina moderna, etc., así lo dicen. Yo probablemente no soy el primero que ha notado la falta de coherencia en esta perspectiva, pero tal vez yo soy uno de los primeros en decir algo al respecto.

El “pensamiento anti-civilización” (a falta de un mejor término), tiene un “problema del conocimiento”. Es decir, se pretende criticar la totalidad desde la vista de la totalidad. Se trata de dismantelar las herramientas que han construido todo lo que desprecia el uso de las mismas herramientas. Esto culmina en la idea de “catástrofe”: el colapso catártico de su enemigo y una oportunidad para la restauración de un orden justo. Para alguien con un martillo, todo parece ser un clavo, y para alguien con una narrativa apocalíptica, todo conduce al fin del mundo. De hecho, algunos podrían decir que una catástrofe para el primitivista, es lo que la resurrección de Jesús fue para San Pablo: la condición del sine qua non fuera de la cual no puede existir sin un mensaje. Si la humanidad no está condenada a través de la tecnología, si toda la vida en la tierra no está en peligro por el mono egoísta recién llegado de África, entonces, ¿qué hacemos aquí? Puede ser que también acaba de volver a casa y disfrute de los televisores de pantalla plana y el aire acondicionado.

Cosas, por supuesto, no son realmente así de simples. Pero la primera pregunta debería ser: “¿Estamos condenados?” Unos pocos libros han salido recientemente para tratar de responder a la pregunta en sentido negativo, a pesar de que toman la ciencia Casandra del cambio climático y el agotamiento de recursos muy en serio. Ronald Bailey en su libro “The End of Doom: Environmental Renewal in the Twenty-first Century” es una de las mayores aportaciones al género eco-modernista. A pesar de que no vamos a tener el tiempo para revisarlo aquí, por lo menos podemos ir por del punto más fuerte en su libro (al menos desde mi punto de vista): sobre el análisis de la idea ecologista de que “no hacer nada” es mejor que “hacer algo”.

Este concepto es, sin duda, un una sustitución de frase en el discurso ecologista. La naturaleza ha estado haciendo cualquier cosa por millones de años, y por lo tanto, según cuenta la historia, la naturaleza es sabia. Bailey llama a esto, “el principio de precaución”, mejor formulada por la frase que se aborda después en su tercer capítulo, “Nunca trates alguna cosa como la vez primera”. Algo nuevo es culpable hasta que se demuestre lo contrario, la carga de la prueba recae en la novela que debe demostrar más allá de toda duda razonable, que no va a crear más problemas de los que está tratando de resolver. Se hace evidente que aquellos que se aferran al principio de precaución, están paralizados contra el desempeño de cualquier acción, ya que no tienen la certeza metafísica completa sobre cómo un desarrollo tecnológico se filtra hacia fuera. (Piense que aquí, por ejemplo, de los alimentos modificados genéticamente y del feroz debate en torno a ellos.) Los que sufren a causa de esta vacilación, Bailey argumenta, no tienen el lujo de duda: necesitan el medicamento contra el cáncer, la comida barata, y otros beneficios del avance tecnológico que puede proporcionar. Como Bailey afirma:

Por desgracia, el principio de precaución suena razonable para muchas personas, especialmente para aquellos que viven en sociedades repletas de tecnología. Estas personas tienen su casa con calefacción central, en el bosque; disfrutan de la libertad de la necesidad, de la enfermedad y de la ignorancia que la tecnología puede ofrecer. Ellos pueden pensar que pueden permitirse el lujo de precaución final. Pero hay miles de millones de personas que todavía anhelan la transformación de sus vidas. Para ellos, el principio de precaución es una orden de la pobreza continua, no de la seguridad. (93-94)

Así que aquí el problema de conocimiento se dio la vuelta y luego se dio la vuelta de nuevo. El pensador anti-civilización neoludita ha estudiado lo suficiente en relación con la sociedad tecno-industrial para saber que es una causa perdida. Él sabe esto, a través del uso de las herramientas que la sociedad tecno-industrial le ha dado. Él sabe que no hay soluciones tecnológicas para el atolladero que la sociedad moderna ha creado. Sin embargo, el eco-modernista Bailey luego da la vuelta alrededor y muestra cómo este pesimismo se basa en una visión optimista del conocimiento humano, con el apoyo de una infraestructura tecnológica que permite el estudio y la reflexión. ¿Si no se sabe muy bien, y sabemos que no se sabe muy bien, estamos en la obligación

de probarlo? ¿No es tal ignorancia una oportunidad y no una barricada? ¿No es esto lo que la Ilustración y la Revolución Científica eran?

En gran parte del resto del libro, Bailey muestra una y otra vez, temas que van desde la población hasta el petróleo y a la supuesta propagación del cáncer debido al uso de productos industriales, que los agoreros se han equivocado, y muy mal, hasta este punto. Bailey deduce de ello, que el homo sapiens es un animal astuto y capaz de arrancar la victoria de las fauces de la derrota del tiempo otra vez. Bailey tiene pocas dudas y vamos a seguir teniéndolas, incluso si admite algunas cosas, como el cambio climático, y que parece ser uno de los problemas reales que afectan a toda la raza humana.

Irónicamente, la aceptación las premisas de Bailey podrían ser la posición más “primitivista” de todas. Si estamos en última instancia, como los animales que son incapaces de salvarse a sí mismos a no ser que nos deshagamos de los instrumentos de nuestra propia energía aparentemente absoluta, ¿cómo es que podemos condenarnos totalmente a la no existencia? O, más bien, si somos demasíadamente tontos para salvarnos a nosotros mismos, podemos estar demasíadamente tontos como para matarnos a nosotros mismos. Hay, por supuesto, el principio entropía, y la intuición de que es más fácil romper algo de lo que se puede arreglar. Pero esa analogía en realidad no se mantiene aquí, ya que estamos hablando de miles de millones de animales individuales de todo el mundo que han demostrado ser resistentes al punto de desplazar a todo lo demás. Entonces, ¿cuál es entonces? ¿Somos salvos o estamos condenados? ¿Es una realidad ineludible la catástrofe o un deseo masoquista? Es largo o es corto: no lo sabemos. Y los que pretenden saber quizá se aferran a un baluarte impar de certeza en la condenación o en el optimismo en el que los cisnes negros de Nassim Nicholas Taleb nunca se reproducen. El futuro no puede ser totalmente sombrío, ni podemos tener la seguridad de que el desastre no va a suceder sólo porque no ha sucedido todavía. Todo lo que tenemos es el presente. Así que volvemos al título: ¿Puede haber un primitivismo sin catástrofe? ¿Y si esta sociedad puede resolver las cosas bien? ¿Podemos todos ir a casa, entonces? ¿Por qué damos un pase de este orden capitalista tecnoindustrial, y por lo menos reconocer que, si no podemos estar en la sociedad que queremos, debemos amar a la sociedad en que nos encontramos? Después de todo, todos somos seres humanos, todos compartimos las mismas almas y cuerpos, el mismo intelecto y sentimientos. ¿Puede ser que también que debemos de trabajar para salvar a todos, y quién le importa cómo lo hacemos? Sueños de volver a tener la vida idealizada de cazadores-recolectores, más fácil puede llegar a ser menos atractiva por ahora.

En este callejón sin salida, añadimos los pensamientos de una reciente entrevista con los miembros de la tendencia mexicana eco-extremista:

“la diferencia entre lo que propone Kaczynski y sus pupilos, en primera es de estrategia; nosotros no esperamos la llamada Gran Crisis Mundial para comenzar a atacar y atentar en contra de las estructuras físicas y morales del sistema tecnológico, nosotros atacamos desde el presente porque el futuro es incierto, no puedes trazar una estrategia basándote en meras suposiciones, creyendo que todo irá según lo planeado y estar seguro que ganarás. Nosotros dejamos de lado todo esto cuando vimos la enormidad del sistema, de sus componentes y del nivel monstruoso que ha abarcado tanto en este planeta como fuera de este. Si la civilización cae mañana, o dentro de 30 o 50 años, nosotros desde nuestra propia individualidad sabremos que dimos la batalla que teníamos que dar.”

“Nosotros no sabemos cuánto tiempo más durarán las estructuras que mantienen en pie esta civilización en vías de decadencia, podemos leer mucho sobre las variadas teorías que existen pero siempre nos quedaremos esperando aquel año profético en el que quizás todo esto termine de una vez, de cualquier forma, todo lo que puedan predecir los estudiosos solo son teorías.” [1]

Con los eco-extremistas, a continuación, podemos encontrar nuestro camino fuera de la posición defectuosa de “un futuro mejor por volver al pasado.” En este caso, diremos que el futuro es nuestro enemigo. Todos los sentidos propuestos única y exclusivamente, ya sean sobre las garantías libertarias de Bailey o los esquemas tecno-progresista de izquierda, son algo a lo que nos negamos. No queremos cooperar, rechazamos la salvación del mundo. Nos negamos a ofrecer nuestras vidas o las vidas de otros para un mejor mañana. Esto siempre se promete, pero nunca llega. Y aquí, el problema del conocimiento entra de nuevo: nunca llega, porque nadie puede entregarlo. Las cosas sólo “mejoran todo el tiempo” porque hemos sido domesticados pensando que la zanahoria es la meta y que estamos cada vez más cerca, y el palo no está realmente allí, incluso cuando está justo en nuestra nariz. Tal es la esencia de la civilización, el pasado mítico de la niebla, y el futuro diferido constantemente.

Catástrofe es la catarsis en la que termina el ciclo del sufrimiento. Pero al igual que la versión budista, también es difícil de alcanzar y nunca sucede en esta vida. De hecho, el verdadero problema con el “pensamiento anti-civilización”, especialmente en su forma anarco-primitivista, es que no sabe lo que quiere, porque lo que quiere está moldeado por lo que odia. Ni siquiera se saben algo sobre la naturaleza, en realidad, ya que niega a reconocer que los seres humanos no pueden saber con certeza, y así construyen a la naturaleza como un ídolo que contiene todos sus deseos ambivalentes. La idea de la defensa de la propia naturaleza hace a uno consciente de que nuestro conocimiento de la naturaleza, especialmente el peculiar concepto de la “naturaleza virgen” de América del Norte, es infundado. David George Haskell describe la difícil situación de la vegetación forestal en la cara al reciente resurgimiento de la población de ciervos en su libro, “The Forest Unseen: A Year’s Watch in Nature”:

“Los seres humanos han eliminado a algunos depredadores pero últimamente han añadido a tres nuevas criaturas que matan a los venados: los perros domésticos, coyotes inmigrantes que invaden desde el oeste, y las defensas de los automóviles. Los dos primeros son depredadores eficaces de cervatillos; el último es el principal asesino de los asesinos urbanos. Nos enfrentamos a una ecuación imposible. Por un lado, tenemos la pérdida de decenas de especies de herbívoros; por el otro tenemos la sustitución de un depredador por otro. ¿Qué nivel es lo normal, aceptable o natural en nuestros bosques? Estas son preguntas difíciles, pero lo cierto es que la vegetación exuberante del bosque, que creció en el siglo XX fue inusualmente desequilibrado.”

Un bosque sin grandes herbívoros es una orquesta sin violines. Nos hemos acostumbrado a las sinfonías incompletas, y nos resistimos cuando los tonos incesantes de los violines regresan y silencian a los instrumentos más conocidos. Esta reacción contra el retorno de los herbívoros no tiene buen fundamento histórico. Es posible que tenga que tomar una visión más amplia, escuchar toda la sinfonía, y celebrar la asociación entre el animal y el microbio que ha ido desgarrando árboles jóvenes durante millones de años. Arbustos adiós; hola garrapatas. Bienvenido de nuevo al Pleistoceno. (33 a 34)

Así que tenemos que enfrentar el hecho de que no puede haber “catástrofe”, y si la hay, no va a tener el efecto purificador que esperamos. La definición del capitalismo moderno es la crisis, y el buen hombre de negocios hace de la crisis una oportunidad. ¿Eso significa que no luchemos? ¿Qué hay que deponer las armas derrotados por el quietismo y el agnosticismo? No necesariamente, pero sí significa que debemos definir mejor por qué nos oponemos a la sociedad actual, incluso si tiene el potencial de durar un millón de años, e incluso si lo hace, en algunos aspectos, hacemos de nuestras vidas algo “mejor”. O por lo menos, debemos definir que nos oponemos a ella, y definir por qué no pensar que se puede seguir a través de cualquiera de sus promesas de traer a todos los animales humanos de la miseria.

En primer lugar, vamos a empezar con la naturaleza. No puede oponerse a la catástrofe como un concepto sin matices, precisamente porque la naturaleza es una catástrofe, a largo plazo. Esto se debe a que la naturaleza es el cambio, es el cambio que empequeñece la experiencia humana, incluso en su forma más científica y abstracta. Los seres humanos modernos tienen el problema generalizado de concebir sus ideas como consustancial con la realidad, a menudo, cuando no tienen ninguna razón para hacerlo. Dominan cosas incomprensibles como el tiempo, el espacio, la materia, la luz, etc., en abstracto y por lo tanto piensa que no hay nada más para ellos en el hormigón, aunque no han abandonado la comodidad de su silla o su espacio delante de la pizarra. La naturaleza es una catástrofe porque la naturaleza interrumpe, rompe, destruye todo y nace de nuevo: desde las más lejanas estrellas a las células de nuestro cuerpo. Los adherentes anti-civilización tienen dificultades para aceptar el concreto, aunque pueden buscarle un lugar en lo abstracto. Para que uno pueda decir: “¡Médico, cúrate a ti mismo!”

¿Qué es la naturaleza en relación con nosotros, entonces? Cómo podemos llegar a la idea, a menudo repetida por los críticos primitivistas que “cosifican la naturaleza”. Aquí, voy a ofrecer una frase cambiada por una cripto-hegeliana. Muchos de los “primitivistas” (de nuevo, por falta de un término mejor) piensan de la naturaleza como algo fuera de nosotros, y que nos ofrece una existencia como un regalo pasivo, y el verdadero problema es que hemos olvidado el aspecto y voluntario que es ese regalo (recordar aquí el concepto cristiano de la gracia). Del mismo modo que el hombre no puede ganar la salvación del Dios de Calvino, por lo que el hombre es impotente para crear su medio de vida sin el consentimiento de la naturaleza. Por supuesto, esto es una formulación absurda. La naturaleza, o si queremos usar la tan denostada terminología de James Lovelock, Gaia, es el producto de miles de millones de seres vivos a lo largo de los

iones que trabajan juntos y apoyándose mutuamente: es el acto de seres vivos. Ambos están formados por él y lo forman, en una malla elaborada que va desde el microorganismo más pequeño, a los más vastos ecosistemas complejos a la propia biosfera. Hay que tener esto en cuenta cuando nos fijamos en la “naturaleza prístina.” Como dice Haskell en otra parte de su libro antes citado, la naturaleza no es una sala de meditación, y no es el Edén donde se recoge la fruta sin esfuerzo del árbol. Hay combate y lucha, al igual que existe la cooperación y la misericordia. El hecho de que ha persistido tanto tiempo es prueba de ello.

El pecado del hombre domesticado no se resiste a su naturaleza humana pasiva, ya que algunos primitivistas lo implicarían. Está pensando que es independiente de la naturaleza misma, que puede ir por la libre, que puede dominar con firmeza y no dejar nada a la sombra de felicidad del misterio. Este es el hombre moderno domesticado, cortante, implacable, y ensimismado. No es lo que hace, pero lo que hace muy bien, o eso cree, es el problema. Es por eso que no hay una “solución”. No hay una abstracción humana que absorba todo el problema y haga que sea digerible. El mundo en el que existen las soluciones es un mundo que no debería existir, o más bien, el mundo que crea problemas en primer lugar. La catástrofe como el hombre moderno lo entiende (final, devastador, purificación), es el mito necesario que pesa sobre la utopía como la espada de Damocles. Algunos de nosotros preferimos la caída de espadas al paraíso imaginario.

La solución eco-extremista es, pues, brutal y pesimista. No hay futuro, no hay una nueva comunidad. No hay “esperanza”. Indicamos que no con alegría gótica, pero con alivio, como tener una carga despegado de nuestros hombros. Los seres humanos están destinados a perder la marca, estamos destinados a fracasar más de lo que conseguimos. Pero en eso, formamos parte de un todo, dejamos a otros detrás de nosotros para ganar y perder, y para luchar otro día. Nuestra ambición no tiene fin, porque nunca se logra la victoria. Y nos fijamos en las sociedades pasadas extintas que aceptan sus limitaciones (o eso creemos, ya que no podemos saberlo concretamente) de admiración; una admiración que sabe que, si no eran “perfectos”, es porque había algo malo con nuestras expectativas domesticadas, y nada realmente mal con ellos. Todo lo que podemos esperar es luchar y quemar esta existencia, donde una parte pretende que se pueda tragar en conjunto.

Y eso es precisamente el primitivismo sin catástrofe, sin una narración cerrada, sin un “final feliz”, es así: la satisfacción del ojo y todos los otros sentidos, en la cara de lo que sabemos que es la naturaleza, incluso si no entienden que, aunque parezca mutilada e incomprensible en el aquí y ahora. No es algo que hacemos (aunque tenemos una parte en ello), ni es algo que controlemos (aunque hacemos todo lo posible). Pero mezclado en el corazón y en la mente del hombre, es realmente algo maravilloso para la vista: el conjunto, el vasto campo de estrellas, el canto del ave, el caracol deslizándose, el nuevo día, la decadencia, la muerte, la vida... o para terminar con la mayor voz poética de Robinson Jeffers:

*Para saber que las grandes civilizaciones han desglosado en violencia,
y sus tiranos llegan, muchas veces.*

*Cuando aparezca la violencia abierta, para evitar con honor o elegir
la facción menos fea; estos males son esenciales.*

*Para mantener la propia integridad, ser misericordioso y no corrompido
y no desear el mal; y no ser engañado*

*Por sueños de justicia universal o la felicidad. Estos sueños de
no cumplirse.*

*Para saber esto, y saber que por muy feas las partes aparecen
el conjunto sigue siendo hermoso. Una mano cortada*

*Es una cosa fea y el hombre descubierto de la tierra y las estrellas
y su historia... para la contemplación o para el hecho...*

*A menudo aparece atrocemente feo. La integridad es la totalidad,
es la mayor belleza*

*síntesis orgánica y la totalidad de la vida y de las cosas, la belleza divina
del universo. El amor que, no el hombre*

*Aparte de eso, o de lo contrario va a compartir confusiones lamentables del hombre,
o se ahogan en la desesperación cuando sus días se oscurecen. [2]*

Abe Cabrera

Notas

[1] Ver “Politically Incorrect: An Interview with Wild Reaction” (<http://anarchistnews.org/content/politically-incorrect-interview-wild-reaction>)

[2] Robinson Jeffers, “The Answer,” in *The Collected Poetry of Robinson Jeffers*, ed. Tim Hunt (Stanford: Stanford University Press, 1995).

Oka

El Museo de Los Nativos Americanos de Cassidy Park en Bogalusa, en el estado de Luisiana, fue un museo pequeño en una sala grande que sin embargo, tenía piezas de varias culturas de pueblos originarios de todo el EE.UU. Había varios canastos de paja, puntas de flechas, cuentas, y aun una choza tradicional de los indios “choctaw” hecha de hojas de palma, que el público podía admirar. Según el sitio de Internet del museo: “Actualmente se presenta en el Museo de Los Nativos Americano una colección impresionante de ganchos y piedras en forma de pájaro que se fabricaron alrededor de 8000 años A.C. Sería bastante difícil encontrar piezas tan extraordinarias en ese estado. Continuamos con las exhibiciones de abalorios de trueque y medallas de paz, y también una choza de palma u otros artefactos cotidianos de los indígenas.”

En un viaje hacia el parque con la familia, entré en un paisaje empobrecido pero animado. Lo verde de los árboles y los pantanos chocan con la degradación de la civilización que oprime a las masas embriagadas hacia el aturdimiento. Viven encima de la tierra, caminan sobre ella, pero la destruyen. Casi al otro lado de la calle se encuentra una fábrica de refinería de petróleo que escupe humo al aire. Las personas aquí no viven en ningún lugar, sino viven en el Internet, en las fantasías de enriquecerse o tener sexo o intoxicarse. Celebran las culturas de los antepasados, sí, las culturas que enterraron en el olvido, en ese museo de una sola sala, que exhibe dijes de fantasmas que desaparecieron hace mucho tiempo.

Bueno, eso se hacía antes, por lo menos. “Se devolvió de golpe en rápidos,” se leía un titular.

Saliendo del museo, fui a observar el arroyo que se llama “Boga Lusa” (Agua Oscura). Es bastante modesto para ser un río pequeño en Luisiana, pero tenía las ruinas de lo que parecía había sido una presa. El agua fluyó alrededor de la estructura, haciendo unos pequeños rápidos. Me inquietó un poco, y con razón. Puesto que algunas semanas después, la Naturaleza mandó muchas aguas desde el Norte, llenando el arroyo hasta inundar los alrededores, cubriendo todo el parque y las calles cercanas, creando un río impresionante.

“Cuando se quebraron los vidrios, toda la exhibición se escapó por la ventana.” Todas las pertenencias de los muertos, las que usaban para cazar, transportar comida, y dar culto, fueron llevadas por el agua hacia los otros ríos, “Bogue Chitto” (El Río Ancho), “Bogue Falaya” (El Río Largo), hacia Okwa’ta (El Agua Grande). ¿La sala era sepulcro o prisión? ¿Fue esto destrucción o liberación? ¿Importa la diferencia?

Tengo que confesar que la escena de las aguas destruyendo el parque donde jugué con la familia alguna vez me perturbó un poco. Aquí me encuentro con mi propia individualidad y la de mis familiares chocando con la Fuerza y Poder de la Naturaleza. En mi tierra natal, el Fuego y la Tierra dominaban, con las aguas del Océano Pacífico a cierta distancia. Allí, la Tierra temblaba y el Fuego consumió casas y edificios con su abrazo destructivo.

Aquí, en el Gran Círculo de los Choctaws, el Agua domina: esculpe la tierra, aplana todo, y da la vida. En ella viven las serpientes y los caimanes, mosquitos y las enfermedades que mataban a los primeros europeos que vinieron aquí. Aquí los hombres civilizados erigen sus casas y sus edificios, hacen perforaciones petrolíferas, y tiran basura. Una cosa se sabe de todos modos: nadie puede detener al Agua, nunca la detendrán, vendrá y lo destruirá todo, y reclamará todo lo que le pertenece.

Solamente es una cuestión de tiempo. El Agua se levantará y los civilizados no podrán hacer más que ganar más dinero, pelearse con el vecino, y ahogarse en el proceso de obtener más cosas. Solamente es una cuestión de tiempo, porque el Agua arrasa todo. El Agua es paciente, pero el Agua siempre gana.

-Chahta-Ima

*Nanah Waiya
Primavera 2016*

Regresión

Cuadernos contra el progreso tecnolindustrial